

## RESUCITÓ MI AMOR Y MI ESPERANZA

Queridos diocesanos:

Un antiguo himno cristiano, propio del tiempo de pascua –la secuencia “Victime Paschali Laudes”- invita a cantar en este día la grandeza de Dios y a alabar su nombre ofreciendo oraciones a la víctima de la Pascua, que es Cristo mismo. En este himno, que fue compuesto en torno al año 1048, se compara a Cristo con el Cordero que los judíos sacrificaban para la cena de pascua. El evangelista Juan también pone de relieve que Jesucristo se ofreció en la cruz como el verdadero cordero que quita el pecado del mundo. El himno dice de un modo muy expresivo que “el cordero redimió a las ovejas”. En el texto del pregón que proclama la Iglesia exultante en la noche de Pascua se dice algo parecido: “¡Para rescatar al esclavo, entregaste al Hijo!”. Con su sangre derramada, Cristo ha restablecido la relación del ser humano con Dios y “ha reconciliado a los pecadores”, dice el himno que comentamos.

En la segunda parte de este himno se describe el misterio pascual como una lucha entre la vida y la muerte, entre Cristo y Satanás, entre el cielo y el infierno: “lucharon vida y muerte en singular batalla”. La resurrección de Cristo significa que la muerte ha sido derrotada y la batalla ha sido vencida por la vida. San Pablo dirá, lleno de gozo: “¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?” (1 Cor 15, 55). La muerte ha sido vencida por Aquel que es la Vida, lo que nos llena de esperanza porque si vivimos unidos al “dueño de la vida”, no hay motivo para que temamos la muerte.

Seguidamente en este bello himno interviene el coro, que se dirige a María Magdalena, la primera testigo de la resurrección, la “apóstol de los apóstoles”, y le pregunta: “¿qué has visto de camino, María en la mañana?” Y ella responde enumerando todo lo que sucedió: que Jesús la llamó por su nombre, que el sepulcro estaba vacío y el sudario estaba en un sitio aparte y que los ángeles fueron testigos de este acontecimiento (cf. Jn 20, 1-18). María añade: “Resucitó de veras mi amor y mi esperanza”. Este ha de ser el gran grito de júbilo que cada uno de los cristianos repitamos desde lo hondo del corazón: ha resucitado Jesús, mi amor y mi esperanza. Este domingo es día de dejar que la alegría de la pascua inunde todo nuestro ser y nos llene de esperanza. Aquel a quien seguimos no es un personaje del pasado, sino alguien que está vivo para siempre y cuyo amor sin medida nos hace vivir.

El himno prosigue diciendo: “Venid a Galilea, allí el Señor aguarda; allí veréis los suyos la gloria de la Pascua”. Es la invitación a dejar todo lo que tenemos entre manos para ir al encuentro del Señor. En Galilea, donde empezó todo, el Señor nos espera a cada uno de nosotros. Hoy Galilea es cualquier situación de la vida donde está Dios aguardando para encontrarse con nosotros.

El himno concluye con una confesión de fe y una plegaria. Primero profesa la fe en la resurrección: “Sabemos por tu gracia que estás resucitado; la muerte en ti no manda” - Nosotros nos unimos a la Iglesia para proclamar que nuestro Dios está vivo. “Estuve muerto –dice en el Apocalipsis- pero ahora vivo y tengo las llaves de la muerte y del abismo” (1,18). Y elevamos, al mismo tiempo, esta plegaria: “Rey vencedor, apiádate de la miseria humana y da a tus fieles parte en tu victoria santa”. Sabemos que vives para siempre: escucha nuestra oración, intercede por nosotros y ten piedad de esta humanidad a la que tanto amas.

Muy feliz Pascua, hermanos.